FERNÁNDEZ DE OVIEDO ANTE LA NATURALEZA DEL NUEVO MUNDO

Por PEDRO LAÍN ENTRALGO

El año 1514, cuando se acercaba «a la mitad del camino de nuestra vida», como él mismo diría, echando mano de su erudición dantesca (III, 349), vio por vez primera la tierra americana Gonzalo Fernández de Oviedo. No parece, según su propio testimonio, «que fuera el embeleso el estado de ánimo que en él primaba» (Pérez de Tudela) [1]; pero la frecuentación del Nuevo Mundo y un conocimiento cada vez más amplio y minucioso de todo cuanto a éste perteneciera, pronto convirtieron a la tierra americana en su segunda patria, y aún llegaron a hacer de ella la principal razón de su vida. Así va a mostrárnoslo un rápido examen de su honda y varia vinculación personal —intelectual, religiosa, estética, afectiva— a la entonces recién descubierta naturaleza de América. Mas no entenderíamos plenamente esa vinculación sin un examen previo del marco en que se inscribe y configura; el cual, a su vez, se halla estrechamente determinado por la referencia de lo que se nos dice a tres coordenadas principales: la índole personal de Fernández de Oviedo, su calidad de hombre del Renacimiento y su condición de español de aquellos años.

---

* Homenaje a Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557) en el quinto centenario de su nacimiento.

[1] «Vida y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo», Estudio Preliminar a su edición de la *Historia General y Natural de las Indias* (cinco vols., Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1959). Como el que antecede a esta cita, todos los textos tomados de la *Historia* serán referidos a esa edición.

Fernández de Oviedo, hombre del Renacimiento. «La obra de Oviedo —escribe Pérez de Tudela— es un logro... íntimamente enraizado en el ámbito que conformó a nuestro cronista; esto es, la corte de los Reyes Católicos, que se engarza en él, como en tantos españoles de su tiempo, con la Italia del gran momento renacentista»; y el gran momento del Renacimiento italiano, ese que los alemanes llaman *Hochrenaissance,* es la primera mitad del siglo XVI: la época de que son adelantados —se apresuraría a decirnos nuestro autor— «aquél Leonardo de Vince y aquél Andrea Manteña, famosos pintores que yo conocí en Italia» (II, 7). Se trata ahora de saber cómo un europeo culto de esa época podía contemplar y entender la naturaleza del Nuevo Mundo.

Veneración, crítica ya, de los grandes maestros de la Antigüedad clásica; sed de experiencia personal ante la realidad del cosmos; jactancioso, engallado afán de novedad en la edificación de la vida propia; confianza todavía ingenua y precopernicana en la cabal armonía entre los dos grandes libros de que el hombre puede y debe aprender, el de «la obra de Dios», la naturaleza visible, y el de «la palabra de Dios», la Sagrada Escritura. En muy apretado esquema, tales son las principales líneas por las que se realiza y expresa la actitud del europeo renacentista ante el mundo visible.

«Soy amigo de la lección de Plinio», declara expresamente Oviedo (I, 229); y bien lo demuestra, citándole o aludiéndole en su *Historia* más de ciento cincuenta veces. No sólo en él se inspira, también en Teofrasto, en Tolomeo, en Diógenes Laercio, en Plutarco, hasta en Aristóteles, directamente unas veces y a través de Plinio otras; pero sobre el prestigio de todos los sabios antiguos descuella a sus ojos el del diserto naturalista romano, al cual, afirma, «en alguna manera yo entiendo seguir», sobre todo «en el distinguir de mis libros y géneros dellos» (I, 11), es decir, en el orden descriptivo. Con sincera admiración ante él tantas veces, con falsa modestia otras, con firme discrepancia no pocas, Plinio es la autoridad que más señorialmente campea en las páginas de Fernández de Oviedo.

Tratemos de entender en esta secuacidad los matices ahora apuntados. Hastiado de la inane sutileza a que el saber escolástico con tanta frecuencia había llegado durante la Baja Edad Media, y más en lo tocante a la realidad del mundo sensible, convencido por añadidura de que las fuentes de la verdadera ciencia se hallaban en los textos de la Antigüedad y de que la tradición medieval de ellos los había recortado y corrompido gravemente,

el hombre del siglo XV los descubre o redescubre con el entusiasmo de quien por fin ha encontrado su camino de salvación; no otra fue la raíz del humanismo renacentista. Ahora bien, a ese entusiasmo soteriológico se une otro motivo de la vida del Renacimiento, nacido también de la general rebeldía contra las pautas de la cultura bajomedieval, entre ellas la consideración del *magister dixit* como criterio de certidumbre: una viva sed de experiencia personal ante la realidad del cosmos; experiencia que inexorablemente conducirá a la revisión de lo que dice el sabio antiguo, porque en ocasiones yerran sus descripciones o sus noticias, y sin tardanza dará lugar a la aparición de reservas y desviaciones frente a su todavía respetada autoridad. En lo tocante a Plinio, tal es la situación a que se ha llegado en los últimos lustros del siglo XV —en 1492 se aplican las *Castigationes Plinianae,* de Ermolao Barbaro, y los *Plinii errores... notati,* de Leoniceno—, y tal la clave del proceder del Ovetense ante su maestro. Tanto más, cuanto que ningún antiguo, ni Teofrasto, ni Tolomeo, ni el propio Plinio, pudieron tener noticia de la región del cosmos que él contempla y describe. Cien veces lo proclama. Aun cuanto en muchas cosas acertara tan «antiguo y cierto cosmógrafo» (I, 38, II, 86 y 228, IV, 335), él, Fernández de Oviedo, se está moviendo «fuera de todo lo escrito por Tolomeo»; Plinio desconoce muchas cosas de la Naturaleza, porque no pudo verlas, y yerra en otras, como la génesis de los terremotos (I, 187), la formación de las pepitas de oro (I, 164), tantas y tantas más; rectamente considerado lo que ha oído acerca del flujo y el reflujo del mar en el Estrecho de Magallanes, en modo alguno puede aceptar lo que sobre las mareas dicen Aristóteles y Euripo (I,43), como tampoco lo que Plinio enseña (I, 42).

En tanto que europeo de su tiempo, Fernández de Oviedo admira, respeta y en gran parte sigue el saber antiguo; mas también como europeo de su tiempo, y sobre todo como explorador de un mundo nuevo, nuestro cronista quiere asimismo servir a tres básicos imperativos intelectuales, la experiencia, la verdad y la precisión; y en caso de conflicto entre ambas instancias, ellos son los que en definitiva deben imponerse. Sólo así se entenderá cabalmente lo mucho que de «natural» tiene su *Historia General y Natural* de las Indias.

Experiencia, sí, aunque en las Indias con frecuencia sea tan penosa la faena de adquirirla; porque allí no se ven las cosas «desde Grecia ni desde las estufas y jardines que segund los tiempos algunos autores tuvieron»

(II, 183), los jardines botánicos y los invernaderos que él debió de conocer en Italia, sino «con mucha sed, con mucha hambre y cansancio, en la guerra con los enemigos, y en ella y en la paz, con los elementos contrastando con muchas necesidades y peligros; herido sin cirujano, enfermo sin médico ni medecinas... necesitado del vestir y del calzar, e andando a pie quien sabía subir en un caballo, pasando muchos e grandes ríos sin saber nadar...» (II, 183; un texto análogo en I, 245). Llegado el caso, por entre tales tártagos tuvo el cronista que ir cumpliendo el imperativo de perseguir la experiencia propia y en ellos hubieron de verse las personas fidedignas que en ocasiones le informaron; de donde la reiteración con que esa palabra, «experiencia», y otras expresiones semejantes, como «fui testigo de vista», aparecen en su obra (I, 9, 41 y 183; II, 56 y 305, etc.). Verdad es que no siempre llegó a ser tan molesta la actividad de adquirirla, bien porque el ver fuera placiente, o porque el gustar resultase voluptuoso, e incluso porque a todos los sentidos corporales, como acontece en el caso de la piña (I, 240), les invadiese el delite de gozar la novedad. Véase, si no, cómo el cronista describe la invasora complacencia física que regala el agua de coco: «al momento que se bebe, parece que, así como es pasada del paladar, *de planta pedis usque ad verticem,* ninguna cosa ni parte queda en el hombre que deje de sentir consolación e maravilloso contentamiento» (I, 283-284). No, no todo fueron penas y quebrantos en la experiencia americana del puritano Fernández de Oviedo. Y con la experiencia, la verdad, no tan sólo porque ella es ante Dios garantía de rectitud (IV, 7) y prenda de la real consistencia del alma («den los vanos sus orejas a los libros de Amadís y Esplandián», II, 182), también porque él escribe para su Emperador, y «César no quiere fábulas» (II, 7). Y como consecuencia de la fidelidad a la experiencia y del amor a la verdad, el prurito de la precisión, tanto la descriptiva, que él no puede contentarse con descripciones «al modo soldadesco» (IV, 207), como la onomástica. Un solo ejemplo, entre varios posibles: «Del árbol llamado *higüero.* El acento de la letra *u* ha de ser luengo, o de especie dicho, de manera que no se pronuncien breve, ni juntamente estas tres letras *g, u, e,* sino que se detenga poquita cosa entre la *u* y la *e,* e diga hi-gu-ero. Digo esto, porque el lector no entienda higuero, o higuera de higos» (I, 251). No puede así extrañar que, aun siendo tan piadoso creyente, nuestro renacentista sepa interpretar como fenómenos naturales nunca vistos hechos que otros tendrían por milagrosos (I, 189), o que entrevea el progreso histórico de las ciencias a medida que la experiencia y la precisión de su cultivo van aumentando (IV, 267). Lo cual no excluye en él un íntimo menester de contar en todo momento con la ayuda

de Dios, puesto que de conocer el complejo esplendor de su creación es de lo que se trata: «errarán los que quisieren entender las maravillas de Dios y alcanzarlas por su seso, sin intervenir la gracia especial del mismo Facedor dellas» (I, 43).

Hablé antes de la ingenua confianza del sabio renacentista en la total, directa armonía entre «el libro de la palabra de Dios» y «el libro de la obra de Dios»; sólo con el heliocentrismo copernicano surgirá la necesidad de hacer distingos en el alcance y en la estructura de la concordancia, y en algunos casos, como el de Galileo, bien dolorosamente. Anterior a Copérnico, con toda gravedad cumple esa regla la obra de Fernández de Oviedo. «Los cielos recuentan la gloria de Dios, e las obras de sus manos denuncia el firmamento», dice solemne y devotamente nuestro autor, traduciendo al Salmista (I, 111). Su tarea como naturalista ha consistido, pues, en «inquirir en la tierra y en la mar las maravillosas e innumerables obras que el mismo Dios y Señor de todos nos enseña, para que más loores le demos» (I, 7); sólo desde tal presupuesto podrá alcanzarse en su integridad la significación de alguna de sus rectificaciones a Plinio (II, 76) y, sobre todo, la del levantado canto que a la diversidad y la hermosura de la naturaleza de las Indias contiene la dedicatoria de su *opus magnum* a la sacra, cesárea, católica y real majestad del Emperador (I, 8). Gozosa y deleitable en sí misma para quien con alteza de ánimo y capacidad de asombro sabe entregarse a ella (I, 225), la contemplación del mundo visible acaba conduciendo a Dios, y tanto entre los cristianos como entre los infieles (I, 186). Sin salir de los linderos de la Península Ibérica, lo mismo dirá pocos decenios más tarde fray Luis de Granada, en su *Introducción del Símbolo de la Fe.*

Hasta aquí, gravedad cristiana tradicional; desde aquí, tanto en Oviedo como en fray Luis, pura ingenuidad premoderna, tierna en ciertas ocasiones y pintoresca en otras. Puesto que en el *Levítico* son nombrados los los grifos, animales mixtos de león y águila, ¿cómo puede negarse su existencia real (I, 223)? ¿Y cómo no reconocer y alabar la maravillosa correlación numérica entre la división ecológica de los animales que establece Plinio —ocho grupos, correspondientes a las ocho partes de la esfera— y las ocho personas que en el arca de Noé se salvaron del diluvio universal (II, 27)? Y afinando todavía más, ¿por qué no comparar la memorable navegación circunvalante de Elcano con la de esa misma arca, flotante sobre las aguas diluviales para la continuidad del género humano (II, 238)?

No sólo hombre del Renacimiento es Fernández de Oviedo; es también español de los años en que más vigorosamente se hinche la conciencia imperial de los hispanos: «tal vez la figura a través de cuya biografía debiera definirse el momento de la floración imperial española», en opinión de Pérez de Tudela (I, VII). Cualquiera que fuese la índole personal de nuestro autor —las opiniones son discrepantes; después de leer a Amador de los Ríos, Peña, Romoli, Giménez Fernández, Hanke, Otte y Pérez de Tudela, forme la suya el interesado por el tema—[2], lo indudable es que a través de su condición de español de los Reyes Católicos y de Carlos V se realizó en la sociedad y en la historia. Veamos cómo lo hizo.

Por lo pronto, mezclando sin cesear los sucsos de su vida personal con la descripción del mundo que ve. «Como Nebrija, Fernández de Oviedo —escribe Américo Castro— pertenecía a la clase más refinada de la época de los Reyes Católicos. No obstante, uno y otro escriben a su hora en un estilo en el cual el intento de expresar el objeto de su observación o de su pensamiento se enmaraña con la expresión del simultáneo oleaje de su experiencia íntima —expresión hacia afuera y hacia adentro»[3]. Pero esta penetrante intuición no agota el tema de la radical y exultante españolía del autor de la *Historia General y Natural de las Indias*. Varias notas más es preciso añadir a ella. Ante todo, el orgullo de la lengua. Bien sabe que, escrita en latín, su obra habría tenido más universal resonancia entre los doctos, y tal vez hubiese acudido él a ese idioma para componerla, si su latinidad fuese la del cardenal Pedro Bembo (V, 415); pero no menos bien sabe que el suyo, el que le «enseñaron a hablar desde las fajas», es «el principal y mejor de los vulgares» (V, 416 y I, 10), y por añadidura que es precisamente esa lengua la misma en que están compuestas las leyes relativas a la gesta narrada en una historia «tan alta e nunca vista, e tan deseada e cierta, e tan famosa e grande, e tan maravillosa e auténtica» como es la suya. A la vez, el orgullo de la patria. «Rara cosa y prescioso

---

[2] Amador de los Ríos, «Vida y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo», introducción a su edición de la *Historia general y natural de las Indias* (Madrid, 1851); J. de la Peña, «Contribuciones documentales y críticas para una biografía de Gonzalo Fernández de Oviedo», *Revista de Indias*, 69-70, Madrid, 1957; K. Romoli, *Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Pacífico* (Madrid, 1955); M. Giménez Fernández, *Bartolomé de las Casas* (Sevilla, 1953); L. Hanke, «Las Casas, historiador», prólogo a la *Historia de las Indias*, de fray Bartolomé de las Casas (México, 1951); E. Otte, «Aspiraciones y actividades heterogéneas de Fernández de Oviedo», *Revista de Indias*, 71, Madrid, 1958; J. Pérez de Tudela, *op. cit.*, I, VIII-IX.

[3] A. Castro, *La realidad histórica de España* (México, D.F., 1954), pág. 640.

don de la Natura, y no vista en otra nación alguna tan copiosa y generalmente concedida como a la gente española», dice y proclama el cronista para comentar el ánimo y el esfuerzo de los pocos hombres que conquistaron la isla de Boriquén (II, 96)[4]. Y lo mismo afirmará cuando, más ambicioso y erudito, extienda su mirada a todos los reinos e imperios del pasado: ante la hazaña americana de España, «¿cuál monarquía de los asirios, cuál poder de los sicionios, o del gran Alexandre y sus macedonios, cuál de Darío y de Ciro y los persas, cuál de los de Micenas e los de Corinto, cuál de los atenienses e tebanos, cuál de los partos o egipcios, cuál potencia de los cartagineses o de los romanos» (II, 212) podrá levantar cabeza? Orgullo de la lengua, orgullo de la patria; orgullo, en suma, de pertenecer al pueblo que por designio de Dios está realizando la más alta hazaña que vieron los siglos. Dios movió a los Reyes Católicos «a mandar buscar estas tierras» (I, 11); la *Historia* que ha escrito hará saber a todos, dice al Emperador, «la amplitud e grandeza destos Estados que guardaba Dios a vuestra real corona de Castilla en ventura y méritos de Vuestra Cesárea Majestad» (I, 10); Dios ha querido que fuese España la nación que sacase a los indios de su infidelidad y su protervia *(passim)*; Colón fue «ministro e adalid del Espíritu Sancto» (II, 29); y así, aunque él, Gonzalo Fernández de Oviedo, no pase de ser «migaja y mínimo siervo de la sancta madre Iglesia apostólica de Roma» (I, 11), se siente grande, no sólo por la *historia* que su mano ha escrito, también por pertenecer a la gente cuyas empresas le permitieron escribirla.

Todo esto hay que tener en cuenta para comprender rectamente, así la actitud de Fernández de Oviedo ante la naturaleza del Nuevo Mundo, como la estructura y el contenido de sus descripciones. A primera vista, la *Historia General y Natural de las Indias* es una imponente olla podrida de relatos, noticias y reflexiones, un enorme conglomerado intelectual y literario, en cuyo seno a retazos y desordenadamente se mezclan la historia, la geografía, la cosmografía, la antropología cultural, la botánica y la zoolo-

[4] Y prosigue: «porque en Italia, Francia y en los más reinos del mundo, solamente los nobles y caballeros son naturalmente ejercitados e... dispuestos para la guerra; y las otras gentes populares, e los que son dados a las artes mecánicas e a la agricultura e gente plebea, pocos dellos son los que se ocupan en las armas... Pero en nuestra nación española no parece sino que comúnmente todos los hombres della nacieron principal y especialmente dedicados a las armas y a su servicio, e les son ellas e la guerra tan apropiada cosa, que todo lo demás les es accesorio... Y desta causa, aunque pocos en número, siempre han hecho los conquistadores españoles en estas partes lo que no pudieron haber hecho ni acabado muchos de otras naciones».

gía; esto es, saberes que por su contenido y sus métodos hoy son cultivados y expuestos como ciencias más o menos independientes entre sí. ¿Cabe afirmar, con todo, que bajo ese indudable desorden externo de la obra hubiese en la mente del autor una intención unificante y ordenadora? En efecto: para Fernández de Oviedo, el mundo de que son parte las Indias —acépteseme tan esquemático sorites interpretativo— es un universo hispanocéntrico; y por tanto, hispanoindocéntrico; y por tanto, antropocéntrico; y por tanto, cristocéntrico; y puesto que la nación española es la que está propagando en aquellas tierras el mensaje salvador de Cristo, de nuevo el universo viene a ser hispanocéntrico. Allende el notorio desorden del texto de esa *Historia,* en tal cadena de referencias tiene su intención rectora y unificante, su «forma interna», como diría Schleiermacher, la obra entera de Fernández de Oviedo.

Con esta clave en la mente, recordemos el contenido de la *Historia.* Sobre la haz de la Tierra, astro en que el cosmos tiene su centro —así lo enseñó Tolomeo, y así lo piensa nuestro cronista—, se ha realizado el descubrimiento de un Nuevo Mundo y se están llevando a cabo su conquista, su colonización y su evangelización. Colón, los Reyes Católicos y Carlos V son los iniciadores y gobernantes de la empresa; los hombres españoles, sus esforzados, abnegados agentes. Desde el punto de vista de lo que en él entonces acontece, la gesta de completar geográfica e históricamente la redondez de la Tierra, el universo está siendo, por tanto, una realidad hispanocéntrica. La sentencia con que Unamuno quiso superar el famoso *Gesta Dei per francos* medieval, aquel *Somnia Dei per hispanos* de sus más encendidas vigilias, parece latir en ciertos párrafos del cauteloso Fernández de Oviedo. Ahora bien: eso que como protagonista está haciendo el español en América tiene su deuteroagonista en el indio. La gloria y el sudor, el heroísmo y la codicia, la abnegación y la crueldad, el dolor y el gozo, se alternan o se funden en la ejecución del gran empeño. El universo centrado por España viene a ser, en consecuencia, hispanoindocéntrico. Y siendo los españoles y los indios hombres en quienes todos los demás están representados, la versión del cosmos ha de hacerse por extensión ancha y genéricamente antropocéntrica; hasta Copérnico, casi todos lo han pensado así. Pero si, como el cristianismo enseña, la humanidad alcanza la plenitud de su ser cumpliendo el mensaje de Cristo, hijo de Dios padre y creador, la realidad y la dinámica del cosmos adquieren su verdadero orden propio cuando a éste, al cosmos, logra hacerle cristocéntrico el esfuerzo de los hombres. Lo cual obliga a llamarle de nuevo hispanocéntrico, porque a los

españoles se está debiendo la maravilla bélica y evangelizadora, colonizadora y soteriológica, de que todo el *orbis terrarum* rápidamente se cristianice.

Nada más fácil que encontrar en la *Historia* textos que por modo explícito o por modo alusivo den expresión a todos y cada uno de los eslabones de esa cadena. Alguno de ellos ha sido transcrito en párrafos anteriores. No es esto, sin embargo, lo que me importa ahora; ahora no quiero sino mostrar que esa compleja intención unificante, y muy especialmente la visión hispanocéntrica del cosmos, es la clave que nos permite entender desde dentro cuanto de «historia natural» tiene el magno libro de Oviedo.

Contemplemos el universo; entreguémonos a «tan loable ocupación como es ver con los ojos corporales... la universal redondez a quien los griegos llaman *cosmos* e los latinos *mundo*» (I, 8); para quienes de veras saben mirar y entender, un ejercicio «más valioso que el oro» (I, 225). En lo más encumbrado de aquél lucen las estrellas, a las que Fernández de Oviedo mira con resuelta voluntad de precisión. Ante las del hemisferio ártico se atreve a negar a la estrella polar su condición de estrella fija, porque algo varía su posición respecto de «las que llamamos las Guardas», y hasta a discutir la legitimidad del nombre que lleva, «polar», porque la piedra calamita —el imán de la brújula— se orienta sin duda hacia el Norte y no apunta exactamente hacia ella (I, 44); y ante las del hemisferio antártico, descubre la Cruz del Sur y un cielo «lleno de estrellas... en diferentes intervalos o figuras, que no se ven ninguna dellas desde España, ni desde parte (alguna) de toda la Europa» (I, 55). Espectáculo éste que no pueden sospechar, dirá en otra página, quienes «no como experimentadores, como nuestros españoles, buscando el mundo, sino como especuladores, estándose quedos, hablan a su beneplácito» (IV, 331). Dos conocidos versos de José María de Heredia cantarán luego la experiencia: «Miraban levantarse en el cielo ignorado — del fondo del Océano, nunca vistas estrellas.»

Por debajo de ese cielo, una esfera sublunar, en la cual, desde nuestro suelo, algo penetran los picos de la Tierra Firme que hay al otro lado de la línea equinoccial: «muchas sierras e montes con perpetua nieve, pues que encumbrándose hacia el cielo, pasan la región del fuego, e penetran a caliginoso aire, para cubrirse de nieve e haber grandísimo frío e hielos allá arriba» (IV, 336). Y más abajo aún —tierra que pisan nuestros pies o agua que surcan nuestras naves—, la recién estrenada redondez del planeta.

Cuando Fernández de Oviedo escribe, todavía no puede ser establecido con precisión el perfil de los continentes y los mares; pero después de la fantástica aventura de Magallanes y Elcano, por un lado, y de la llegada de algunos exploradores osados a la Tierra del Labrador, por otro, nuestro autor, bien que de manera dispersa y no sistemática, se atreve a proponer una idea total del mapa mundi. Hay en éste un Viejo Mundo, formado por Europa, África y Asia, de la cual las dos primeras están respectivamente separadas por los ríos Tanais (el Volga) y Nilo. Océano adelante, el nauta encuentra las islas Gorgades o de Cabo Verde y las islas Hespérides, que por tales tiene Oviedo a las Antillas —nueva muestra de su medular hispanocentrismo—, y más allá la Tierra Firme. Ésta no es la porción más oriental de Asia, sino el continente distinto y nuevo que Pedro Mártir de Anglería ha enseñado a llamar Nuevo Mundo, con el mar Atlántico a oriente y el mar del Sur a poniente. Con la deficiente exactitud que permiten los descubrimientos y las exploraciones de la época, Oviedo va describiendo metódicamente los máximos accidentes de una y otra costa; con más detalle, porque más preciso era entonces su conocimiento, la que desde el estrecho de Magallanes sube por las bocas del Paraná y el Marañón hasta los hielos del mar Ártico. Así vista la superficie del mundo, ¿qué viene a ser el océano Atlántico, el insondable *mare tenebrosum* de los antiguos? Para Fernández de Oviedo, un nuevo y mayor Mediterráneo; no sólo por hallarse comprendido entre la costa euroafricana y la del Nuevo mundo, también porque hacia su extremo norte habría continuidad geográfica entre las tierras por encima de la del Labrador y las que en las regiones árticas dejan adivinar Escandinavia y Groenlandia [5]. Tal es el hallazgo geográfico y cosmográfico que el esfuerzo de los españoles ha regalado a la humanidad entera, y tal el marco de la visión que de la naturaleza del Nuevo Mundo —geología, hidrografía, botánica, zoología, antropología cultural— nos ofrece la *Historia General y Natural de las Indias.*

Montes y volcanes, ríos chicos y ríos enormes, uno con el portento

---

[5] Sobre el tema, véanse dos excelentes estudios de E. Álvarez López: «La historia natural de Fernández de Oviedo», *Revista de Indias,* 69-70, Madrid, 1957, y «Acerca de la obra de Fernández de Oviedo», Boletín de la *Sociedad Española de Historia Natural,* LVI, Madrid, 1958. Volveré luego sobre ellos. Para lo tocante a la situación de la obra de Fernández de Oviedo en el cuadro de las que entre los españoles suscitó la colonización del Nuevo Mundo, J. M. López Piñero, *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII* (en prensa).

de un estuario donde el agua salada y el agua dulce se juntan sin mezclarse, otro, el Huyapari, nuestro Orinoco, con crecientes y menguantes como el Nilo, y lagos, y minerales, el oro y las esmeraldas a su cabeza, y yacimientos de betún y «petrolio», al que los nativos, bien lejos de nuestra actual estimación del oro negro, tienen por *stercus daemonis* o excremento del diablo. Mil y mil cosas más, que unidas a las que ofrece el espectáculo de las plantas y los animales, no podrían ser descritas ni en los novecientos sesenta años que a Matusalén le fueron concedidos; porque éste —añade el admirado y admirativo veedor— «aún me parece breve término para poderse comprender todas las cosas que destas Indias hay que decir y que están por ver» (II, 341).

De la mano de Fernández de Oviedo, acerquémonos a la botánica y a la zoología del Nuevo Mundo. Tres de los motivos principales de una y otra voy a comentar brevemente: el orden descriptivo que emplea nuestro autor, la índole de sus descripciones particulares y la relación entre su saber y el ya próximo nacimiento de la moderna ciencia de la Naturaleza.

La primera faena del naturalista consiste en describir y clasificar lo que ve; la segunda, en dar razón satisfactoria, científica, de lo que ha descrito y clasificado. Ante la abrumadora variedad de los animales y las plantas que pueblan la haz de la Tierra, ¿a qué método podrá recurrirse para el cumplimiento de ese doble empeño? Fieles a los principios de su pensamiento, los griegos respondieron así: debe recurrirse a la consideración de lo que por naturaleza, *katà phýsin,* sean las formas típicas que en la realidad del mundo puedan observarse. Más precisamente: el sabio lo será ateniéndose a la recta ordenación *(táxis)* de las variedades regulares que en el aspecto *(eidos)* de la cambiante naturaleza *(phýsis)* distinga nuestra razón (nuestro *logos).* Así procedió Aristóteles ante los animales, y así su discípulo Teofrasto ante las plantas. Pensando que es Dios quien da el ser y la naturaleza a los entes del mundo creado, y creyendo que el Génesis ofrece el más fidedigno relato de los actos sucesivos en que aconteció la creación, a la letra de ese relato acudirán los cristianos de los primeros siglos para ordenar lo que sus ojos ven en el cosmos. Así nacieron los trataditos *perì Hexaémerón* o *in Hexaémeron* —«sobre los seis días», «acerca de los seis días»— de San Basilio y San Ambrosio; esquema que todavía perdurará en los grandes tratados medie-

vales de historia antural, como el *Speculum naturale* de Vicente de Beauvais.

Sin clara conciencia de esta doble tradición, atenido a su admirado Plinio, y a través de éste a Teofrasto, profundamente penetrado por las actitudes interpretativas que antes llamé hispanocentrismo y antropocentrismo, regido por ellas para dar razón de algo que hasta entonces todos veían en el mundo creado, su teleología, el comportamiento de los seres naturales según una finalidad accesible a la mente del hombre, ¿cómo Fernández de Oviedo clasificará y describirá los vegetales de América? Yo veo orientado su proceder por un método, si puede llamársele así, en el cual más o menos ordenadamente se juntan y combinan los siguientes momentos rectores:

1.° La primaria clasificación de las plantas en los tres grandes géneros de Teofrasto, árboles, frútices o arbustos y hierbas, bien que concediendo muy dominante importancia a los árboles y a las hierbas, y no distinguiendo muy claramente entre los géneros y las especies de unos y otras. En las batatas, dice, por ejemplo, hay «cinco especies o géneros dellas» (I, 234).

2.° La resuelta introducción de una ingenua teleología como criterio básico para ordenar en grandes grupos las especies que componen esos géneros cardinales: la «utilidad» como principio de clasificación, la deliberada proyección de los intereses del descriptor —en tanto que hombre *in genere* y en tanto que español: antropocentrismo e hispanocentrismo— sobre el empeño de dar razón descriptiva del mundo. No puede así extrañar que Fernández de Oviedo anteponga a su tarea taxonómica y fitográfica un estudio de las plantas cultivadas en las Indias (maíz, yuca, ajes, batatas, maní, yahutia, ají, calabazas, varias más); o que clasifique a los árboles en «traídos de España», como para que no pueda haber la menor duda de su hispanocentrismo, y luego en fructíferos, salvajes y medicinales; o, en fin, que los grupos de «traídas de España», «naturales destas partes y semejantes a las de Castilla» y «medicinales y provechosas» sean discernidos en el conjunto de las especies herbáceas. Dos motivos complementarios están operando en la mente del Fernández de Oviedo taxonomista: su profunda y optimista convicción de que toda cosa natural es útil, háyase ya descubierto o esté todavía por descubrir el modo de su peculiar utilidad (I, 278), y su firme seguridad de ser los españoles los

protagonistas de esa universal utilización de las posibilidades que ofrece el mundo americano. De nuevo: antropocentrismo cristiano, Dios ha querido que la creación sea así, e hispanocentrismo, gracias a los españoles está llegando a su ápice esa voluntad salvífica de Dios.

3.° La importancia concedida al medio geográfico en que la planta vive o, como hoy solemos decir, a su ecología; nota ésta que obviamente cobra más importancia en las descripciones zoológicas. El deseo de «dar a cada animal su propia patria» (II, 27) queda muy explícitamente proclamado por Fernández de Oviedo.

4.° La última referencia de todo cuanto en la Naturaleza puede verse —formas genéricas y específicas, movimientos, utilidades— a la voluntad y la providencia de Dios, cuyo poder y cuya gloria serán siempre patentes a quien con hondura sepa entender el deleite que brinda la contemplación del cosmos. Contemplar viene de *templum,* y *templum mundi* fue para los romanos el cielo: el universo, templo y patentización de la divinidad. Como todos los europeos de su tiempo, Fernández de Oviedo cristianiza ese viejo sentir; y no contento con ello, lo hispaniza. Acaso hayáis observado alguna vez que las hermosas vidrieras de la catedral leonesa se ordenan en tres series horizontales: la inferior contiene motivos naturales, y principalmente plantas; la media, motivos humanos e históricos; la superior, motivos religiosos y sobrenaturales. Naturaleza, Historia y Dios, en orden ascendente. ¿No es ésta la clave interna y secreta —secreto a voces— para entender la obra del gran cronista de las Indias?

Sólo dentro del marco que constituyen estas cuatro grandes pautas interpretativas pueden ser bien entendidas las numerosas descripciones particulares —extensas y pormenorizadas algunas, sumarísimas, meramente apuntadas otras— que contiene la *Historia General y Natural de las Indias.* Oviedo contempla y describe las cosas de la naturaleza americana más desde el punto de vista de su función en la economía del cosmos, al que cristianamente entiende como mundo creado y redimido, y más conforme a su utilidad para los hombres, que desde el punto de vista del ser propio de ellas, de lo que cada cosa, planta o animal, por sí misma es. Pero esto no quita curiosidad, frescura y precisión a su mirada de descriptor, y así lo hará patente en multitud de casos. A título de único, tal vez supremo ejemplo, léase su pintura de los lirios de Castilla del Oro:

«Hay en Castilla del Oro en muchas partes, y señaladamente en el puerto del Nombre de Dios, en la misma playa, junto al mar, gran cantidad de lirios blancos con una manera de flor extremada e cosa muy de ver... Nacen espesísimos..., e parescen espadañas, excepto que el verdor de aquellas hojas es más claro que el de las espadañas de Castilla. E echan en el medio un tallo o varilla de tres palmos de alto, poco más o menos, y en el medio hace una manera de ñudo, de que salen tres o cuatro o cinco tallos que es cada uno una rosa, e de la mitad del tallo arriba, cada uno dellos se va emblanqueciendo, e la manera e blancor es como la propia azucena, e aquellas seis hojas que penden, son de la mesma naturaleza e tez. E de entre esas seis hojas sale una flor blanca, e más delgada la materia, e sube, ... e hace seis puntas, e de la mitad dellas salen seis lomicos, e en el extremo de cada uno tiene atravesados unos trocitos o palillos amarillos, e de la mitad de la mitad rosa, entre aquellos seis astilicos, sale otro vastaguito o astilejo verde, con una cabecica redonda. En fin, es muy extremada flor, e huele muy bien, e de la manera e no con menos suavidad que las azucenas de Castilla» (II, 23). Un dibujo acompaña a esta apurada descripción. Muchos años habrán de pasar hasta que sea mejorada.

Incluso en apretado extracto, páginas y páginas llenaría un muestrario de las descripciones botánicas de Fernández de Oviedo. Véalas el lector en su *Historia* o —muy sabiamente seleccionadas y glosadas— en el estudio de E. Álvarez López que más arriba cité. Debo comentar, en cambio, la relación entre la fitografía de Fernández de Oviedo y la de quienes durante la primera mitad del siglo XVI inician el camino hacia la botánica, ya formalmente moderna, de John Ray y Linneo.

Por los años en que nuestro cronista va dando fin a su obra, aparecen en Europa los primeros libros botánicos del Renacimiento: *De natura stirpium* (1036), de Jean Ruel; *Herbarum vivae icones* (1530-1536), de Otto Brunfels; el *New Kreütter Buch* (1539), de Hieronimus Bock; *De historia stirpium* (1542), de Leonhard Fuchs. Poco anteriores a la *Historia* de Oviedo son algunos herbarios, en los que se continúa y perfecciona el coleccionismo medieval, poco posteriores a ellos, más y mejor elaborados que los que acabo de mencionar, los tratados de Gesner, Ch. de l'Ecluse, Lobel, Dodoens y los hermanos Bauhin. A la herencia de Teofrasto, Dioscórides y Plinio, a la rectificación de algunos errores de los autores antiguos y a cierto enriquecimiento del saber botánico tradicional

con la descripción de especies antes no consignadas —cerca de un millar mencionan los repertorios publicados entre 1545 y 1550—, se une con frecuencia el balbuciente empeño de lograr una clasificación de los vegetales que, siendo «natural», ateniéndose a lo que por naturaleza son todas las plantas y parecen ser las diferencias específicas entre ellas, tenga en cuenta más notas diferenciales que las que Teofrasto tuvo para establecer sus tres magnos y por el momento intocables *gene* o *genera*. Con ciertas variantes personales, así proceden los autores mencionados, y así procederá poco después, ya más resuelta y acabadamente, el gran Andrea Cesalpino.

En relación con ellos, ¿de qué modo se enfrenta Fernández de Oviedo con el rico mundo vegetal de las Indias? Por lo pronto, pasmándose ante la abrumadora grandeza con que en ocasiones se le muestra; por ejemplo, ante el «mar magno e oculto» de la selva tropical: de ella, en efecto, «se ignora más de lo que se ve», y a sus árboles «ni los indios naturales los conocen, ni saben dar nombres a la mayor parte dellos, ni los cristianos mucho menos» (I, 278). Mas también procurando discernir en ese mundo algunas especies, para su particular descripción —antes hemos visto un precioso ejemplo de tal designio—, e intentando luego clasificarlas. A través de su Plinio, Teofrasto le brinda una pauta que parece segura: árboles, arbustos y hierbas. Hasta aquí, tal como la vieron los griegos, naturaleza manda. Pero tan pronto como nuestro autor quiere ir más allá de Teofrasto, indeliberadamente se ve arrastrado por su profunda tendencia al antropocentrismo y al hispanocentrismo; y así, en contraste con la orientación de la naciente botánica moderna, cada vez más atenta a lo que respecto de la naturaleza propia de cada grupo de plantas dicen su aspecto y su génesis —plantas monocotiledóneas o dicotiledóneas, plantas gramíneas, etc.—, la utilidad para todos los hombres y la relación con la empresa universalizadora y evangelizadora de los españoles serán los criterios taxonómicos decisivos. Una muestra más de la tendencia del español tradicional, tan vigorosamente subrayada por Américo Castro, a proyectar la vida propia —en este caso, vida genéricamente humana y vida nacionalmente española— en la consideración y la pintura del mundo en torno.

En su clasificación de los animales indianos, Fernández de Oviedo prefiere la ecología de Plinio a la del Génesis. Éste sigue el orden de la creación, tal como Moisés podía entenderlo, y menciona sucesivamente los

animales acuáticos, las aves y los animales terrestres, fieras, especies domésticas y reptiles. Siguiendo a Plinio, el autor de la *Historia* va de lo más próximo a lo más distante, y describe en primer lugar los animales terrestres, luego los acuáticos, y después las aves o animales voladores; y siempre con su mentor, adopta ante los «animales insectos o ceñidos» un criterio taxonómico a la vez estructural y funcional —«son cortados o recintos en el cuello, o en el pecho, o en las otras partes o lugares de sus coyunturas» y «no alientan ni tienen sangre»— y los describe por separado: lo cual le obligará a mezclar en su descripción especies volátiles, como «las avispas, y calabrones, y moscas, y tábanos, y sus semejantes», y especies terrestres, como las hormigas, el «comijén», las cucarachas y los escorpiones.

El valor de las descripciones zoológicas de Fernández de Oviedo es muy desigual: hay en ellas novedades importantes, estampas de corte buffoniano, como las relativas al oso hormiguero (II, 46) y al manatí (II, 63 ss.), y meros apuntes sumarísimos. «Con todo —escribe Álvarez López—, es bien patente que aunque la fauna del Nuevo Mundo hubiera desaparecido totalmente y no conociéramos hoy sobre ella más libros que los suyos, poseeríamos un cuadro bastante completo de su conjunto, de sus características más llamativas, de su ubicación regional, y también lo es es que cuantos zoólogos quieran buscar con interés histórico las primeras noticias sobre los grupos particularmente cultivados por ellos, habrán de buscar en las obras de Oviedo... las referentes a los troquílidos, los ranfástidos, los tinámidos y acaso los trogónidos entre las aves. Apuntes sobre los vampiros y las auras, sobre los rabijuncos, rabihorcados, esfeniscos (o pájaros bobos) y el *Sula...*, muchos acaso totalmente nuevos, todos superando en exactitud y detalle, por lo menos, a las referencias anteriores. El mismo es el caso para las iguanas, los tiburones y el manatí; los crotalinos se incorporan a la fauna conocida por primera vez, así como el gimnoto. Osos hormigueros, perezosos, encubertados, chuchas, zorrinos o mofetas, algunos de ellos conocidos antes por notas dispersas, son mejor definidos y sistematizados; los innumerables roedores del Nuevo Mundo, desde el pequeño corí al capibara gigante, dibujan su existencia y sus perfiles, y de alguno, extinto hoy, el quemi, nos queda por Oviedo el nombre y el recuerdo que la paleontología ha confirmado; como el perro mudo, como probablemente también con los pájaros comuneros. El ochí, con su variedad o *fase* melánica de tigres negros de Nicaragua, el beorí, los dicotílidos (baquiras o pecaris), los ciervos americanos, las llamas con

sus distintas formas, el bisonte...». Cabe preguntarse cuál habría sido el prestigio de Fernández de Oviedo entre los naturalistas, si en lugar de incrustar sus descripciones botánicas y zoológicas en el cuerpo de su monumental y heterogénea *Historia* —en lugar, por tanto, de proceder antropocéntrica e hispanocéntricamente en la composición de ésta—, hubiese lanzado a la Europa del siglo XVI, escritos en buen latín, un tratado *De Indiarum plantis* y otro *De Indiarum animalibus*. Pero lo que el autor de esa *Historia* verdaderamente quería no era cultivar la historia natural en sí misma, sino mostrar al Emperador y al mundo entero la grandeza de aquellos *somnia Dei per hispanos* en que le fue dado participar. No debo repetir lo ya dicho.

Mas para tranquilidad y contento de los tantísimos que hoy no saben ver vida donde no encuentran sexo, tampoco quiero dejar el tema zoológico sin transcribir el texto donde se consignan las peculiaridades del ayuntamiento de los gatos en la tierra indiana: «Cuanto a los gatos, digo que en España e Francia, e Italia, e Secilia, e todo lo que yo he visto de Europa e de África, cuando ellos andan en celo e los llama la natural inclinación para sus ayuntamientos, es en el mes de febrero, por la mayor parte, o quince días antes o después de tal mes; y en todo el otro tiempo del año están apartados de lujuria, e no se toman ni por pensamiento... En estas Indias guardan los gatos otra costumbre: la cual es obra de todos los meses y tiempos del año, y con menos voces e gritos que en Europa; antes... callando e no enojando los oídos de los vecinos han sus ayuntamientros. Por cierto, ... cuando estudiaba de noche o por mi recreación leía en España, mucho aborrecimiento y enojo me daban los gatos al tiempo de sus pendencias y amores; pero acá, como he dicho, ordinario les son todos los meses e tiempos para sus ayuntamientos, e sin gritos ni voces» (I, 70). De vivir en América, concluiremos(Lope no hubiera escrito *La gatomaquia,* sino *La gatofilia.*

Varias notas complementarias. Describiendo cómo satisface su necesidad de agua «la gente llamada chacopati, a la cual los españoles llaman magüeyes», escribe Oviedo: «Así que la costumbre está convertida en natura, o su natural en costumbre» (I, 180); fina percepción de cómo en la conducta animal y humana se entraman y codeterminan la constitución y el hábito y el ambiente. Hace notar en otra página cómo el clima de una comarca puede variar cuando la puebla el hombre, y por tanto con la civilización (I, 206). Hubiese o no hubiese leído al médico Díaz

de Isla (su *Tratado llamado Fructo de Todos los Santos, contra el mal serpentino venido de la Isla Española,* compuesto en 1509 y no publicado hasta 1539), supo asimismo advertir con agudeza y describir con precisión el origen americano de la sífilis (1, 53 ss.). No todo en él fue, sin embargo, afán de ver y descubrir. Como para demostrárnoslo, he aquí su noticia de una singular disección anatómica en Castilla del Oro, seguramente la primera practicada en tierra americana: «Joan de Cuenca, que por un jubón de brite que hurtó de la hacienda del Rey... fue hecho cuatro cuartos en el Darién; e por enseñanza de los médicos e cirujanos e industria del licenciado Barreda, fecho natomía, mirándolo (en tal forma) tales hombres y mujeres, que yo he vergüenza de su desvergüenza cruel, que viendo tal caso con atención estuvieron; e por eso no quiero nombrar tales miradores, por no avergonzar los vivos que con ellos tienen debdo» (III, 353). La avidez de ver cosas nuevas y los prejuicios tradicionales se mezclaban, no hay duda, en el alma de Gonzalo Fernández de Oviedo.

He de terminar. Hace ahora quinientos años nacía en Madrid —«villa tan noble y famosa en España y como yema de toda ella», escribe, se diría que adivinando el controvertido futuro de la capital del Reino— el autor de la *Historia General y Natural de las Indias.* Siguiendo sus inclinaciones y sus intereses y su carácter, tan discutible como el de cada hijo de vecino, este gran veedor y gran oidor dio al entonces novísimo mundo, y a través de él a la naturaleza entera, lo mejor que podía dar: devoción atenta y minuciosa, amor desvelado y sostenido, curiosidad permanentemente viva, despierta y razonadora, discreta erudición renacentista, palabra cuidada y expresiva, eficaz siempre y no pocas veces elegante: este noble idioma al cual algunos de sus actuales hablantes parecen avergonzarse llamándole español. A los cinco siglos de nacer Fernández de Oviedo, muy otros deben ser los modos de acercarse con afición y deseo de saber a la naturaleza americana y a la universal naturaleza; y en lo que a la de América atañe, bien lo demostraron los españoles que durante los últimos cuarenta años, cruelmente expulsados de su tierra, de manera tan ejemplar han venido estudiándola. Cierto. Pero puestos cada uno en su tiempo, Fernández de Oviedo en el auroral, casi cenital de los Reyes Católicos, ojalá sepamos los españoles de hoy recoger de su *Historia* esa devoción y ese amor al mundo que nos rodea, esa ambiciosa voluntad de conocer cada vez más honda y precisamente sus secretos y maravillas. Tal sería, pienso, nuestro mejor homenaje a su memoria.